

Carlos Keller R.

La Estructura Económica de Chile

(CONTRIBUCIÓN AL PROBLEMA MONETARIO)

PARA darse cuenta de la estructura económica de un país, es sumamente importante hacer comparaciones con otros estados. Ciertamente es que esas comparaciones sólo son de valor cuando se refieren a sistemas económicos que ofrecen iguales condiciones, no precisamente en cuanto a su respectiva estructura económica, pero sí en lo que se refiere a los hechos etnológicos, políticos, administrativos, estado de la cultura etc. Pues si comparamos nuestra estructura económica con la de los estados europeos, se nos podría objetar que las condiciones básicas de aquellos estados son diferentes de las del nuestro. Por eso es más útil que nos limitemos a nuestros vecinos.

Bolivia y Argentina disfrutan desde hace años de un cambio internacional excelente. No se puede alegar que la administración pública sea mejor que la de Chile, ni tampoco que las finanzas de aquellos países se encuentren en mejor estado que las nuestras. Tampoco se puede alegar que en aquellos países exista el sistema metálico de moneda, mientras que en Chile hay papel moneda. Reducido a nuestra moneda, en Argentina hay más o menos 200 pesos de circulante por habitante; en Chile solamente 70 pesos. Y a pesar de esa enorme cantidad de papel moneda en circulación, a pesar de no ser mejor la administración pública en Argentina que en Chile, aquel país se ha visto en la

necesidad de adoptar medidas especiales para impedir que el cambio subiera a las nubes. Esto nos indica que no es siempre al papel moneda al que debe atribuirse la causa de la mala moneda.

Para muchas personas el problema de la moneda se resuelve en un problema de mera legislación. Cree, efectivamente, la mayoría de nuestros hombres públicos, que con un poco de buena voluntad, el estado nos puede dar el mejor sistema monetario del mundo. Sin duda, cuando hay inflación, es decir, exceso de medios de pago, basta muchas veces la buena voluntad del legislador para reformar el sistema monetario. Buena voluntad era necesaria en Colombia, donde había una verdadera inflación. Pero me parece que nuestra situación es incomparablemente peor. En Chile la moneda no es la causa del malestar económico, sino bien al contrario, el malestar económico es la causa de la mala moneda. Posiblemente haya en nuestro país una pequeña inflación, pero sus efectos, no existiendo otras causas simultáneamente, no se harían sentir. Había dicho ya que Argentina tiene más o menos tres veces más papel moneda por habitante que Chile, y allá nadie habla de inflación. No es mi intención estudiar aquí detalladamente las razones que me inducen a afirmar que en nuestro país no existe inflación considerable. Baste la afirmación, que está basada en estudios serios.

Siempre supuesto que no exista inflación, decir que la mala moneda es la causa del malestar económico, es afirmar que el termómetro que marca fiebre es la causa de la enfermedad del enfermo. A ningún médico se le va a ocurrir buscar la causa de la enfermedad en el termómetro: pero la gran mayoría de nuestros hombres públicos, periodistas, etc., procede de esta manera, cuando atribuye la causa del malestar económico del país al cambio internacional de nuestra moneda. Cier-to es que, si hay inflación, el cambio es un mal termómetro de la situación de un país, de la misma manera como puede haber también malos termómetros para medir la fiebre.

El cambio de la moneda nos indica simplemente la situación

que le corresponde a una nación en sus relaciones con las otras que mantienen intercambio comercial con ella.

Se importan, se exportan productos, salen y entran mercaderías, salen y entran pagos en dinero. La mayor parte de este intercambio de bienes se manifiesta en números, en cantidades de dinero que se reciben del extranjero o que se le pagan a él. La estadística comercial que publican las oficinas de estadística o las aduanas de los diferentes países, no nos indican por supuesto el monto total de esos pagos recíprocos, porque se refieren exclusivamente al valor de las mercaderías que entran y que salen del país.

En los períodos antiguos de nuestra economía, bastaba esa estadística comercial para formarse una idea del valor de las transacciones entre las diferentes naciones. Y con mucha razón, el mercantilismo basaba toda su política económica en la balanza comercial.

Pero nosotros no vivimos en el período mercantilista, sino en el capitalista, y en él el intercambio económico entre las naciones no se limita a bienes económicos. El sistema moderno de créditos posibilita con una facilidad desconocida a cualquier otro período económico, la inversión de capitales en otros países, la que no se conocía en el mercantilismo. El estado, los particulares, los municipios, etc., emplean capitales extranjeros; hay además numerosas empresas extranjeras que trabajan en nuestro país y todos ellos pagan diariamente intereses, amortizaciones, ganancias al extranjero. De otra parte, hay capital nacional invertido en el extranjero que igualmente influye en el desarrollo del cambio.

A la primera vista parece sumamente difícil llegar a conocer exactamente el monto de todos esos pagos, si no del todo imposible. Pero en la realidad, es sumamente fácil estudiar el monto de esas transacciones. Esta circunstancia se debe al hecho de que todos los pagos que se efectúan por un país y que se le hacen por todos los demás, están centralizados en un solo lugar: en las grandes bolsas centrales. Efectivamente, la totalidad de las transacciones entre un país y todos los demás, se

reduce a cantidades de dinero, a meros números (de igual manera como también todas las transacciones de una empresa económica figuran en la forma de números en su contabilidad), y esos números forman lo que se ha llegado a llamar la balanza de pagos.

Es verdad que esa balanza de pagos no incluye a todas las transacciones en su integridad. Si una empresa salitrera exporta salitre y lo vende por ejemplo en Londres y adquiere petróleo en México, pagándolo desde Londres y en moneda inglesa, en nuestra balanza de pagos no figura ni la exportación del salitre ni la importación de petróleo, porque los respectivos pagos no se efectúan en Chile. Pero esa exportación de salitre y esa importación de petróleo no influyen tampoco en la formación de nuestro cambio internacional.

El cambio nos indica la relación que se forma en las bolsas de Santiago y Valparaíso entre la oferta y demanda de medios de pago extranjeros. Ahí, en esas bolsas, se venden y se compran letras sobre el extranjero. Las letras obtienen un precio como cualquiera otra mercadería. Si hay muchos compradores y pocos vendedores, tiene que subir el precio de la mercadería «letra»; si hay muchos vendedores y pocos compradores tiene que bajar; si existe igual número de compradores y vendedores se mantendrá estable el cambio. Todo eso, por supuesto, si el valor de la moneda no está fijado de antemano por el estado, es decir, si no hay patrón de oro. A ese caso especial me voy a referir más adelante.

Esas cantidades de dinero que se transan en la bolsa están determinadas por la estructura económica de un país, con relación a las demás naciones que mantienen intercambio comercial con él.

Veamos ahora en qué situación se encuentran a este respecto los tres países sudamericanos a que me había referido más arriba.

Argentina es un país eminentemente agrícola. En 1919, el 98.2% de sus exportaciones provenía de la agricultura y ganadería. Gran parte de los agricultores argentinos no son na-

cionales, sino extranjeros, pero esos extranjeros están domiciliados en Argentina, reciben el pago de sus exportaciones en Argentina y consumen en Argentina el producto de su trabajo. Desde el punto de vista económico, son nacionales. Y agregaré aquí que, para el economista, existe un concepto diferente de la nacionalidad que para el jurisconsulto o para el sociólogo. Un empresario italiano, que a los treinta años emigra de su país, se domicilia en Chile, obteniendo aquí carta de ciudadanía y se dirige de aquí a Argentina, para dedicarse en Patagonia a la ganadería, es para el abogado, chileno, para el sociólogo, italiano, y para el economista, argentino. La ciudadanía de un individuo, en el sentido económico de la palabra, está determinada, pues, por el sistema nacional económico de que forma parte. Y en esa situación se encuentra la gran mayoría de los extranjeros domiciliados en Argentina: forman parte integrante del sistema económico argentino. El producto casi íntegro de las exportaciones argentinas entra al país, y se presenta ahí en la Bolsa de Buenos Aires, en la forma de letras sobre el extranjero, disponibles para la venta. Existe, en Argentina, exceso de tales letras, en comparación con los pagos que Argentina le tiene que hacer al extranjero. Y en consecuencia, el peso argentino tiene la continua tendencia a subir. El gobierno se vió obligado, hace algunos años, a adoptar medidas especiales para impedir ese auge. Ciertamente es que en Argentina se consumen muchas mercaderías extranjeras, que hay muchas empresas extranjeras que le entregan sus ganancias a sus accionistas ingleses, estadounidenses, etc., y que tanto los particulares, como el estado y los municipios, emplean créditos extranjeros: la enorme exportación de productos por «argentinos» basta para efectuar los pagos correspondientes, y sólo en años en que la economía mundial se encuentra en un estado de crisis extraordinario, la balanza de pagos se torna desfavorable.

Bien diferente es la situación de Bolivia. De los 100 millones de bolivianos a que alcanzaron las exportaciones en 1924, le corresponde más o menos el 75% al estaño, y el resto en su mayor parte a otros minerales. La industria minera es en

gran parte nacional. Pero hay otro factor que nos explica mejor aún la situación de aquel país: Bolivia es un país que todavía no está incluido en la economía mundial. La economía se encuentra en su mayor parte en el estado del capitalismo primitivo: no se emplean grandes capitales en ella; cada hogar produce lo necesario para su propia subsistencia; no existen en grado comparable a Chile, empresas modernas; no se consumen grandes cantidades de mercaderías extranjeras. En 1920, sobre 156 millones de bolivianos a que alcanzaban las exportaciones, hubo solamente 67 millones de importaciones, o sea el 42.9% de las exportaciones.

Bolivia se asemeja, en su estructura económica, al Chile de antes de la guerra del Pacífico, con la sola excepción de que gran parte de nuestras exportaciones de aquel tiempo provenían de la agricultura. Así, la estadística de 1874 nos ofrece por ejemplo las siguientes cifras:

Exportación de plata y cobre.....	55 millones de pesos oro (18d)
» » productos agrícolas	23.5 » » » » »

Esa producción se encontraba en manos chilenas. La minería estaba organizada aún en la forma de pequeñas empresas que trabajaban sin el empleo de grandes capitales y que producían en una forma rudimentaria. El valor íntegro de esas exportaciones entraba al país. Había, en consecuencia, una balanza de pagos favorable para el país, y había un cambio relativamente alto.

Sobrevino la guerra del Pacífico. Ella nos trajo el salitre. Y desde ese momento, la estructura económica de Chile experimentó profundas modificaciones. Empleando los términos económicos, podemos decir que el país entró en el periodo económico que llamamos capitalismo moderno. Hasta entonces bastaba el trabajo humano y el empleo de unas pocas herramientas para producir. Pero las minas de alta ley se estaban agotando rápidamente. Para poder mantener la producción a la misma altura que hasta entonces, era necesario emplear medios de

producción. es decir, había que hacer costosas instalaciones, adquirir máquinas, disponer de conocimientos técnicos perfectos. En la agricultura se produjo el mismo fenómeno. Crecía la población, era necesario intensificar la producción, emplear máquinas, hacer mejoras, etc. Todo eso demandaba capitales. En Chile no había ni el capital necesario, ni los ingenieros y geólogos que demandaba el capitalismo moderno.

En el mercado mundial se habían producido, de otra parte, fenómenos igualmente trascendentales. Las naciones europeas habían desarrollado plenamente el capitalismo moderno. Disponían de grandes cantidades de mercaderías que no sabían donde colocar, y poseían también capitales que ya no encontraban interesados en el limitado mercado europeo. En consecuencia, se desarrolló la expansión capitalista: se adquieren colonias, se trata de obtener mercados donde colocar los capitales y donde vender las mercaderías.

Así, el capital extranjero vino a Chile. El extranjero nos dió lo que nos faltaba: capitales, técnicos e ingenieros. Fué especialmente el mundo anglo-sajón el que se extendió hasta nuestras playas. No se trata de una evolución orgánica de la economía nacional: la evolución de Chile desde la guerra del Pacífico es algo profundamente artificial.

Se apoderó el capital extranjero en primer lugar de las pertenencias salitreras. Simultáneamente se construyeron ferrocarriles extranjeros y se invirtió capital extranjero en numerosas otras empresas. Algunas ramas de la economía, en que no se efectuó la inversión del capital extranjero, experimentaron una decadencia, como por ejemplo las industrias de cobre y plata. La razón hay que buscarla en el fracaso del capitalismo primitivo: las minas sólo permitían una explotación sobre la base del capitalismo moderno. Y como el capital extranjero—debido a la baja de los precios o al descubrimiento de grandes minas de alta ley en otros países—no se interesaba en adquirirlas y explotárlas, y el capital chileno no era capaz de hacerlo, emigró éste a Bolivia, donde existían minas de alta ley, cuya explotación era posible con los medios rudimentarios de que disponía.

En segundo lugar, el extranjero vino al país a crear nuevas necesidades en la población, con el fin de poder colocar sus mercaderías en el mercado chileno. El chileno—especialmente las clases superior y media de la población—había conservado ciertos hábitos de «grand seigneur» del «ancien régime», es decir, de los tiempos de la colonia, hábitos que se encontraban y que se encuentran aún en manifiesta contradicción con la situación económica del país. Nada más lisonjero para él que poder imitar a la nobleza y a los multimillonarios europeos. El importador europeo domiciliado en nuestro país supo explotar hábilmente esta tendencia de la población. Mediante el empleo de una *réclame* desconocida en su propia patria—comparése en cuanto a avisos a nuestro «Mercurio» con cualquiera de los grandes diarios alemanes o franceses—se crearon nuevas necesidades de lujo y de vida alegre y desconfiada en nuestra población. La importación creció en una forma jamás conocida. El «último rincón del mundo», «la más pobre de todas las colonias españolas» comenzó a rivalizar con las grandes urbes europeas en cuanto al derroche de lujo y de voluptuosidad. Y cada peso gastado en esa vida fastuosa llegaba a parar a manos extranjeras. Lo que ganaba el hacendado del valle central, la renta del minero, en fin, gran parte de toda la renta nacional, salía del país.

No es mi intención acusar aquí a las clases dirigentes de nuestro país: no soy ni moralista ni sacerdote, sino un simple economista. Pero esa vida de lujo tiene sus aspectos económicos, y no hay para qué pasarlos en silencio.

Debido a esa doble actuación del capital extranjero en Chile (inversión de capitales que pagan intereses y ganancias al extranjero e importación de grandes masas de mercaderías europeas y estadounidenses), se produjo el desequilibrio de nuestra balanza de pagos, y a él debemos la situación en que nos encontramos.

Habíamos visto que el cambio no es sino la resultante de la relación que existe entre la oferta y la demanda de medios de pago extranjeros en las bolsas de Santiago y Valparaíso. Vea-

mos ahora, después de haber estudiado algunos problemas relacionados con nuestra estructura económica, de qué partes se compone esa oferta y demanda. Podemos dividir la oferta de medios de pago extranjeros en los siguientes grupos más importantes:

1. Letras de la industria salitrera, vendidas con el fin de poder efectuar los pagos de jornales, etc., en Chile.
2. Letras de la industria del cobre, presentadas a la venta en la bolsa con el mismo objeto.
3. Venta de empréstitos extranjeros.
4. Créditos particulares obtenidos en el extranjero.
5. Letras financieras de los bancos.
6. Capitales extranjeros que vienen a ser invertidos en el país.
7. Ganancias de los capitales chilenos invertidos en el extranjero y que reciben los accionistas chilenos.
8. Letras que provienen de la exportación de productos agrícolas, etc.
9. Otros pagos al país, de menor importancia.

La demanda se compone de los siguientes grupos más importantes:

1. Pago de la mayor parte de las importaciones del país.
2. Fletes que hay que pagar al extranjero (según Martner, su valor se elevó, en 1919, a 135 millones de pesos m/c).
3. Amortizaciones e intereses correspondientes a los empréstitos extranjeros.
4. Ganancias e intereses que pagan los capitales extranjeros empleados en Chile.
5. Salida de capitales particulares.
6. Inversiones de fondos chilenos en moneda extranjera.
7. Viajes y gastos de vida de chilenos en el extranjero.
8. Otros pagos al extranjero, de menor importancia.

Si tomamos en consideración la composición de nuestras exportaciones, veremos que de los 779 millones de pesos oro que figuran en la estadística comercial de 1920, le corresponden 656 millones a la minería, o sea el 84.2%. La minería se encuentra, como es sabido, en su mayor parte en manos extranjeras. El domicilio de las sociedades no se encuentra en Chile. Del valor total de exportaciones pasan por nuestra balanza de pagos, en consecuencia, sólo aquellas partes que se refieren a gastos en Chile. La ganancia íntegra permanece en el extranjero, y también la adquisición de casi todo el material necesario para la producción se efectúa fuera de Chile.

En el mismo año de 1920, el valor de la exportación de productos agrícolas fué de 109.5 millones, o sea el 14% de las exportaciones totales. Esta exportación es en gran parte nacional (aunque no del todo, pues un subido porcentaje de ella corresponde a lanas y cueros producidos por empresas extranjeras). Pero frente a ella se encuentra una importación de productos agrícolas de más o menos 100 millones, de manera que ambas sumas se compensan, existiendo en algunos años un pequeño saldo a favor del país, y en otros, en contra.

El resultado a que llegamos es, pues, que una gran parte del valor de nuestras exportaciones no entra al país, de manera que si la balanza comercial nos indica un fuerte saldo a favor del país, hay que descontar de las cifras correspondientes a las exportaciones aquellas que permanecen desde luego en el extranjero.

Fuera de estos pagos que nos hace el extranjero por nuestras exportaciones de bienes económicos, hay muy pocos otros de alguna consideración. De ninguna manera las inversiones chilenas en Bolivia y Argentina pueden compensar los grandes pagos que le tenemos que hacer al extranjero por sus capitales invertidos en nuestro país.

Basta recordar a este respecto los siguientes hechos: el fisco emplea anualmente cerca de 50 millones oro para el servicio de empréstitos extranjeros. En las industrias manufactureras del país están invertidos cerca de 200 millones de capitales chile-

nos y 215 millones de capitales extranjeros. El capital extranjero aumentó en estas industrias, desde 1917 hasta 1922, en la proporción de dos a uno, comparado con el chileno. El comercio de importación y de exportación se encuentra casi exclusivamente en manos extranjeras. Los ferrocarriles del Norte se encuentran en manos de empresas extranjeras. etc.

No poseemos una estadística que nos indique con toda claridad y exactitud a qué cifras se elevan estos pagos al extranjero. Pero si tomamos por base la estadística comercial y consideramos los hechos a que me acabo de referir, se podrá llegar a formar una idea sobre las causas de la baja de nuestro cambio.

La estadística comercial del quinquenio de 1914 a 1918, es decir, de los cinco años que duró la guerra mundial, nos presenta las siguientes cifras:

AÑO	Importación (en millones de pesos oro)	Exportación (en millones de pesos oro)	Saldo	Cambio (promedio)
1914.	269.8	299.7	29.8	9 d
1915.	153.2	327.5	174.3	8.2d
1916.	222.5	513.6	291.1	9.5d
1917.	355.0	712.3	357.3	12.7d
1918.	436.1	763.6	327.5	14.6d
TOTALES . .	1436.6	2616.7	1180.1	

En los años de 1917 y 1918 se obtuvo un saldo sumamente favorable para el país; en consecuencia, el cambio subió hasta más de 17d durante algún tiempo. Ese saldo de más de 300 millones es, en consecuencia, necesario para poder efectuar todos los pagos al extranjero y para obtener además un exceso para el país. Así lo indica la estadística presente.

Veamos ahora cual fué el desarrollo desde 1918 en adelante:

AÑO	Importación (en millones de pesos oro)	Exportación	Saldo	Cambio (promedio)
1919.	401.3	301.5	99.8	10.6d
1920.	455.1	778.9	323.8	12.0d
1921.	381.3	433.8	52.5	7.3d
1922.	237.2	331.6	94.4	6.6d
1923.	329.3	537.2	207.9	6.5d
TOTALES . .	1804.2	2383.0	578.8	

El año de 1919 fué de crisis: las importaciones fueron mayores que las exportaciones. Pero como el año anterior y el posterior habían sido de gran prosperidad económica, no se hizo sentir la crisis en el cambio internacional. Esto nos demuestra que el desarrollo del cambio no se altera cuando hay en el país bastantes medios de pago extranjeros acumulados con anterioridad, o cuando una subsiguiente inmigración de tales medios de pago hace posible cumplir las obligaciones contraídas. Posiblemente, el exceso de 1918 y de 1920 fué empleado para pagar el saldo en contra de 1919. En 1921 no existían sumas en el país para poder efectuar los pagos que provenían del saldo en contra de aquel año: el cambio bajó, y continuó bajando en el próximo año. Esto nos indica que un saldo a favor del país, de menos de 100 millones no basta de ninguna manera para poder cumplir las obligaciones contraídas en el extranjero.

En el quinquenio de 1914 hasta 1918 hubo un saldo favorable para el país de 236 millones, en término medio. El promedio del saldo en el quinquenio de 1919 hasta 1923 fué de sólo 115.8 millones. De estas cifras se desprende que para que el país pueda mantener intacta su moneda se requiere un saldo a favor de a lo menos 150 millones, suma a que deben alcanzar los pagos que el país le tiene que hacer anualmente al extranjero y que no están contenidas en la balanza comercial.

El desarrollo de nuestro cambio no ha experimentado, empero, la evolución desfavorable a que me estoy refiriendo, desde 1914,

sino desde la guerra del Pacífico. Debemos suponer, en consecuencia, que la situación de 1921 se ha producido con cierta regularidad desde aquella fecha. Debida a la circunstancia de que la producción de mercaderías de exportación se encuentra en manos extranjeras y de que la posibilidad de exportar depende de la situación del mercado mundial, cualquiera crisis de éste tiene forzosamente que repercutir desastrosamente en nuestro país. Y como en Chile no se ha formado un fondo de reserva de dinero extranjero o de oro, y como el capital nacional no ha llegado a substituir al extranjero, esas crisis se hacen sentir en nuestro país en una forma mucho más funesta que en cualquier otro.

Hemos llegado, pues, a la conclusión de que el desarrollo económico de Chile como país exportador se debe en primer lugar al capital extranjero invertido en el país y que la mala situación de nuestra balanza de pagos se debe en primer lugar a las grandes importaciones del país y a los fuertes pagos que le tenemos que hacer al extranjero por el capital empleado en nuestro país.

Sé que la gran mayoría de nuestros hombres públicos piensa de una manera diferente sobre estos problemas. No me permite el espacio entrar a ocuparme aquí detalladamente de esta controversia. Basten algunos puntos de vista. En general se le suele atribuir la causa de la destrucción de nuestro antiguo sistema monetario, en el año de 1898, a los agricultores, y se dice también que ellos presentan una desesperada resistencia a todas las tentativas que se han hecho para restablecer el patrón de oro. Yo no creo que los hechos económicos dependan en un grado tan eminente de la voluntad de los hombres. Bien al contrario, soy de opinión de que nuestro sistema capitalista moderno está regido por una lógica económica independiente de los hombres. Hay, dentro de nuestra economía, un caudal de fuerzas objetivas que les imponen su voluntad a los hombres. Podría citar numerosísimos ejemplos al respecto. Así, por ejemplo, es un hecho innegable que todo nuestro desarrollo económico está acompañado de profundas crisis que se repiten

con cierta regularidad y que causan enormes estragos en la vida de los pueblos. ¿Hay alguien que pretende atribuirle la causa de esas crisis a los capitalistas? ¿No son ellos, los que, más que cualquier otro individuo, están interesados en impedir las? Es que las fuerzas objetivas que dominan en nuestro sistema económico les imponen su voluntad a los hombres. O para referirme a otro ejemplo: el tratado de Versalles, cuyas disposiciones son en su gran mayoría netamente económicas, tiene por objeto principal esclavizar completamente a las naciones vencidas. Trata de lograr este fin con un refinamiento diabólico jamás ideado hasta entonces. Y a pesar de todo, las naciones vencidas han resucitado rápidamente y disfrutan de un cambio mejor que las vencedoras. ¿Proviene ese hecho de la voluntad de los estadistas aliados? Por supuesto que no. Es la lógica económica la que borra la diferencia de vencedores y vencidos y la que trata de restablecer las condiciones económicas de la preguerra. Pero para referirme a nuestro caso especial: si los agricultores están efectivamente en la situación de impedir el restablecimiento monetario, ¿por qué no lo han impedido en Argentina? Allá todo el mundo es agricultor, el poder de esta clase es, en consecuencia, mucho mayor que en nuestro país, en que predominan los mineros.

Y si de una parte la destrucción de nuestro sistema monetario no puede atribuirse a una de las clases sociales del país, tampoco su restablecimiento puede efectuarse si no lo permite la estructura económica del país.

Se ha escrito mucho con el fin de comprobar los males de un cambio inestable y expuesto a continuas fluctuaciones. Seré el último en negar las grandes ventajas de un cambio estable. Pero conviene meditar también alguna vez sobre las ventajas de las fluctuaciones del cambio, dada nuestra estructura económica.

Pongamos el caso de que de un día a otro se efectúe la conversión y de que desaparezca el papel moneda, y en consecuencia, las fluctuaciones del cambio. Si se repite durante algún tiempo la situación de 1921, es decir, si hay un constante exceso de demanda de medios de pago extranjeros, tendrá

forzosamente que subir el valor de éstos. Pongamos el caso de que la libra valga, al tiempo de efectuarse la conversión, cuarenta pesos. Si el precio de ella sube ahora a cuarenta y cinco pesos, a nadie se le va a ocurrir comprar letras, ya que por la moneda de oro de cuarenta pesos puede adquirir, en el extranjero, una libra esterlina. Exportará, pues, el oro. Con cada cuarenta pesos de oro exportados, gana cinco pesos. Dentro de muy poco tiempo no habrá circulante en el país. Pronto se agotará el oro del fisco. Y no se crea que la prohibición de exportar pueda producir algún resultado: esas prohibiciones no han impedido jamás la exportación del oro. El Estado perderá, pues, sus reservas de oro, y se verá obligado a efectuar nuevas emisiones de papel moneda, no garantizadas por ninguna reserva de oro. Pero se puede producir también la siguiente situación, con el fin de impedir la baja del cambio: el Banco Central obtiene créditos en el extranjero y vende a su cuenta letras sobre el extranjero a cuarenta pesos. En este caso, el sistema monetario se mantiene intacto, no hay falta de circulante, no hay exportación de oro, pero... Chile llega a parar en manos extranjeras. Pues, si esta situación se prolonga durante mucho tiempo, los créditos que requiere la venta de letras por el Banco Central aumentan constantemente, y dentro de algunos años se efectuará un embargo general de la nación chilena, y ella desaparecerá de la lista de las naciones soberanas. Me parece que estamos en rápida evolución hacia esa situación.

Veamos ahora qué efectos tendrán las mismas circunstancias no existiendo el oro. El exceso de demanda de medios de pago extranjeros aumenta el valor de éstos y deprecia el valor de nuestro peso. Una consecuencia de la baja del cambio es la restricción de las importaciones, porque nadie posee bastantes medios para adquirir los bienes extranjeros, y un aumento de la exportación, porque los precios no suben en el interior en la misma medida en que baja el cambio. Pero eso significa que se llega a restablecer la balanza de pagos y que se impide una mayor baja del cambio y la entrega del país al extranjero.

Sin duda el ideal nacional consiste en obtener un cambio

estable. Pero para obtener éxito con las medidas que se adopten con este fin, es necesario que mejoremos nuestra estructura económica, que obtengamos un saldo favorable en nuestra balanza de pagos. O dicho en otras palabras: la realización del ideal monetario no es un simple problema legal, sino un problema de política económica.

La mayoría de nuestros estadistas es de opinión de que el capital extranjero nos puede ayudar a mejorar nuestra situación económica. Pero los hechos históricos a que ya me referí más atrás nos demuestran todo lo contrario. Sin duda, Chile ha experimentado un gigantesco desarrollo económico desde la guerra del Pacífico, pero la estructura económica del país se ha tornado sumamente desfavorable. Los errores de la gran mayoría de los economistas provienen de conceptos que tienen sobre la realidad actual, y que pertenecen al siglo XVIII. Así por ejemplo, en todas nuestras escuelas se enseña que las naciones coinciden con los territorios que ocupan. Chile, se dice, es una nación que ocupa el territorio desde Tacna hasta Magallanes. Pero aquí hay un profundo error. Las naciones modernas no deben ser concebidas en forma especial, sino en forma dinámica. Las naciones son, para emplear un concepto físico, campos de gravitación, y sus límites se extienden hasta donde alcanza su influencia y su poder. Los Estados Unidos se extienden hasta Chuquicamata y El Teniente. Forma parte de Inglaterra la industria salitrera «chilena». Y el surgimiento de la empresa Guggenheim en la industria salitrera no es sino una etapa en la lucha económica entre la nación inglesa y la estadounidense.

Precisamente el problema del capital—que es a la vez el más importante en el capitalismo moderno—impone a los gobiernos la obligación de proceder con suma cautela. Sin duda todos los países poco evolucionados necesitan grandes capitales extranjeros para desarrollar su economía. Alemania formó sus industrias con ayuda del capital inglés, y los Estados Unidos eran, antes de la guerra mundial, los mayores deudores de Europa. Pero en ambos países el capital extranjero fué substituído por el nacional. En Chile, en cambio, el capital extranjero no es

absorbido por el nacional, y la formación del capital nacional progresa en forma muy lenta, porque la población no ahorra bastante.

Me parece, en consecuencia, que es más útil atraer capitales extranjeros controlados por el gobierno, que empresas extranjeras que produzcan libremente.

Pero lo que nos falta antes que todo es el trabajo extranjero. Los escasos cuatro millones de habitantes que vivimos en Chile no vamos a poder dominar la situación. Argentina, en pocos decenios más, tendrá unos 15 a 20 millones de habitantes; nosotros, si continuamos como hasta ahora, no llegaremos a tener más que 6 u 8 millones. Y entonces no sólo dependemos económicamente del extranjero, sino que habremos perdido también nuestra situación de potencia sudamericana. Así me parece que ha de culminar el problema del mejoramiento de nuestra estructura económica, en el de la inmigración.

Basta citar unas pocas cifras para darse la debida cuenta de este problema. Chile tiene, según los datos oficiales, una superficie de 75 millones de hectáreas. De ellas son cultivables 38. En manos de particulares se encuentran 22, y de éstas se explotan en forma más o menos intensiva... 2 millones de hectáreas. Importamos en años normales unos veinte y tantos millones de pesos oro de azúcar, igual cantidad de ganados y unos diez millones de aceites y conservas, productos que se pueden obtener del país. Las importaciones de productos agrícolas alcanzan a la misma suma que las exportaciones. Pero Chile podría ser un país productor y exportador eminentemente agrícola.

La agricultura podría colocar al país en una situación de emanciparse hasta cierto grado de las crisis internacionales, las cuales son de tan funestas consecuencias para la moneda chilena. Chile podría abastecerse a sí mismo de los productos que necesita.

Pero para lograr este fin es necesario dividir la grande propiedad. Más de las tres cuartas partes de nuestro país está en manos de latifundistas que poseen más de 1.000 hectáreas

de terreno. En Alemania y en Francia, el mismo porcentaje les corresponde a los pequeños predios de menos de 20 hectáreas.

Simultáneamente debería conducirse al país una corriente inmigratoria de pequeños artesanos y de pequeños industriales. Ellos son los únicos que merecen la protección del Estado. Pero nuestros sabios políticos han tratado de crear artificialmente la grande industria, con despojo de toda la nación. Se han adoptado las doctrinas de List, y se ha olvidado que el mismo List dice que el objeto de la protección aduanera consiste en... desaparecer tan pronto existan las industrias que se trata de crear. Una protección aduanera superflua trae consigo un aumento del costo de vida de las grandes masas y es, en consecuencia, un verdadero mal para un país. Además me parece un poco quijotesco querer crear grandes industrias para cuatro millones de habitantes, de los cuales la mayoría vive en míseros ranchos y se alimenta de porotos...

No, el ideal consiste en crear una base que se pueda desarrollar orgánicamente con sus propias fuerzas. Tenemos en Chile un ejemplo que nos indica los rumbos de nuestra futura política: me refiero a Valdivia. Valdivia es la creación de unos pocos centenares de inmigrantes alemanes que llegaron a Chile hace ahora 75 años (el 17 de Noviembre de este año se cumplen las bodas de diamante de la colectividad alemana de aquella ciudad). Se desarrolló la ciudad sin la ayuda de ningún gobierno ni de capitales extranjeros. Todo lo que es se lo debe al esfuerzo de sus hijos. Y hoy Valdivia forma la ciudad más laboriosa del país. Es la única ciudad chilena que forma en su totalidad parte integrante del sistema económico chileno, porque en Valdivia no hay capital extranjero, y no hay empresa alguna que le pague tributos al extranjero.

Pero en Chile existe xenofobia: se odia al inmigrante extranjero, porque se ve en él un competidor que le viene a quitar el trabajo a los hijos de la tierra. En Argentina, en cambio, se trata de atraer el mayor número posible de inmigrantes europeos. A ellos se les están entregando las inmensas riquezas de las Pampas, del Chaco y del territorio de Misiones. Muy al con-

trario de lo que pasa en Chile, se trata, empero, de impedir que el capital extranjero se apodere de las riquezas del país: y así se le han reservado las existencias de petróleo, por ejemplo, a la nación. En Argentina se odia, pues, al capital extranjero, y se trata de atraer inmigrantes extranjeros. En Chile se odia al inmigrante extranjero y se trata de atraer capitales extranjeros. ¿Quién de los dos tiene razón? Me parece que la lógica económica nos da una respuesta de asombrosa claridad.

Es que en Chile se olvida que no son el pasado, la sangre, la tradición, los que forman las naciones, sino exclusivamente el futuro y los intereses comunes de todos los habitantes de un país. Todas las grandes potencias de la historia forman un conjunto de las más diferentes razas, de las más diferentes tradiciones. La tarea común, que siempre señala hacia el futuro, las refunde muy pronto en una sola totalidad y les da el vigor indomable que las faculta para imponerse en la lucha por la vida.

En Chile nos faltan tales ideas que nos indiquen la marcha hacia un futuro más grande y sublime. ¿Por qué no le inculcamos como Argentina a cada niño chileno la idea de llegar a pertenecerle a una nación de treinta millones de habitantes, independiente, vigorosa y respetada por todos los pueblos? Sólo entonces la estructura económica del país igualará a la de las grandes potencias occidentales.